

«POETIZAR Y PENSAR»,  
REFLEXIONES A PARTIR DE MARTIN HEIDEGGER

*Juan Manuel Cuartas Restrepo*

RÉSUMÉ

*Le présent article révèle, à mesure que nous progressons dans sa lecture, sa propre vérité chiffrée: celle de représenter aussi bien une méditation philosophique qu'un acte de poésie. Sa pertinence conceptuelle et sa valeur stylistique -au sens littéraire et plus généralement théorique du terme, s'expriment sur deux registres clairement articulés: 1) L'interprétation de l'analitique du Dasein et la mutation interne de l'ontologie fondamentale selon la pensée de la Dichtung. 2) La compréhension vécue, au sens de Dilthey, du Dire poétique depuis la perspective de la poésie entendue comme la diction de l'Être, qu'elle soit antérieure ou postérieure au fameux tournant de la pensée de Heidegger. Développée à partir des catégories heideggeriennes, le libre jeu de cette méditation, loin de s'exposer à l'entrave du scepticisme catégoriel, indique les possibilités de sa propre ouverture théorique vers une pensée autonome de la relation entre pensée philosophique et littérature.*

*«Pero a nosotros nos toca, bajo  
las tempestades de Dios,  
¡oh poetas! permanecer con la cabeza descubierta,  
tomar el rayo del Padre, a él mismo, con nuestra propia mano  
y entregar al pueblo, velados  
en la canción, los dones celestes»*

F. Hölderlin, «El Poeta»

Al recoger entre comillas los verbos correspondientes a esas dos grandes configuraciones del conocimiento humano (poesía y pensamiento), concedemos a M. Heidegger la revelación moderna del vínculo: «*poetizar y pensar*», donde, mediando el lenguaje, la actividad intelectual en ambos casos está orientada hacia el Ser. *Poetizar* el Ser (en el lenguaje) es plantear un compromiso entre el devenir y su realización

en la palabra, en tanto que *Pensar* el Ser (en el mundo) implica recoger en el lenguaje la confrontación que argumenta y evalúa la realidad.

La reflexión de Heidegger, desde *Ser y Tiempo*, puede decirse que está orientada por la necesidad de considerar el Ser desde una dinámica propia del *Pensar* que rompa la secular metafísica de la presencia. En este sentido, la alternativa del *Poetizar*, como actividad intelectual, introduce en el quehacer filosófico el recurso a una amplitud en la consideración del Ser; *poetizar* puede parecer un simple ejercicio de nombrar, pero su resolución, tal como lo advierte Heidegger, constituye un poder y una «verdad» cifrados en el lenguaje. Vayamos entonces, sin mayor dilación, a la confrontación que a buena hora localizó Heidegger entre *poetizar* y *pensar*.

#### LA TRANSCRIPCIÓN DEL *PENSAR* EN POESÍA

Esa suerte de universalización del Ser que queda sutilmente consignada en la predilección de la poesía por las palabras que «hacen huella», por así decirlo, constituye claramente la transcripción del *pensar* en poesía. La poesía no efectúa una simple copia del aparecer en sí mismo que emplaza al Ser, sino la gloria de revelarlo de manera sutil e intensa.

No avanzaremos, sin embargo, sin postular antes un anclaje de ideas en relación con aquello que, desde Heidegger, nombramos como «Ser»; el sentido del Ser (del ser mismo), como se sabe, es propiamente la pesquisa de Heidegger en *Ser y Tiempo*, un Ser que no permite ya más la simple asignación metafísica como «presencia» del *ente*, tal como se reflexiona desde Platón y Aristóteles, sino un Ser propuesto desde su valor en el *tiempo* como Ser del mundo.

«Y cuando preguntamos por el sentido del Ser -escribe Heidegger-, la investigación no se vuelve profunda ni elucubra nada que se encuentre detrás del Ser sino que pregunta por él mismo en la medida en que se haya incluido en la comprensibilidad del *ser-ahí*»<sup>1</sup>.

Pero volvamos con nuestra primera reflexión; en principio la poesía pone en metáfora un «decir» que acaece y que se reconoce estrecha-

1. Heidegger, Martin, *Ser y tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México. 1962, p. 170.

mente relacionado con el Ser. La pregunta incesante por el Ser, no la objetivación del Ser, reconozcámoslo, es difícil recogerla en la «palabra» si no se acude a la poesía y se capta la anti-presencia que ella acusa. La poesía, «decir» que se examina en el Ser, nos pone de cara a la esencia del Ser como «movilidad».

Además de la poesía, no encontraremos otro enfoque del Ser más contundente y seguro, porque sólo la poesía es «palabra» propiamente (es decir, aquello que confiere ser); la poesía se propone en sí misma sustentar, ser la causa del Ser, exponer en la «palabra» el poder de un «habla» que alguna vez fue la admonición protéica del Ser; «habla» cuyo «poder» consiste propiamente en «nombrar» (como invocando) al Ser.

Antes de continuar, conviene sin embargo efectuar con Paul de Man la salvedad de que si bien Heidegger compromete a Hölderlin con la «revelación» de una originalidad del Ser, donde *poetizar* y *pensar* se reconocen, acaso la poesía de Hölderlin no sea, en efecto, más que una excusa, una causa exterior donde Heidegger localiza su reflexión, ya decantada, sobre el «habla», sobre el sentido del Ser y sobre la función de *poiesis* a la que accede el *pensar* vinculado a la poesía.

«El lenguaje (de Hölderlin) -anota Paul de Man- es la presencia inmediata del Ser. Nuestra tarea -la que nos es propia, a nosotros, que, como Heidegger, no podemos hablar del Ser- es la de conservar ese lenguaje, de conservar el Ser.

La conservación del Ser es el comentario, el pensar -en (*andenken*) Hölderlin. Tal es el método»<sup>2</sup>.

Hay entonces un impacto de la cultura llamado «poesía», que resulta evidentemente revelador, como al juzgarse ante el espejo, porque la poesía desdobra e inventa al Ser. Sin embargo, existe también una gran distancia entre el Ser y su «reflexión» en la palabra (como en el espejo), de ahí la insistente búsqueda del reflejo, la identidad, la mirada del Otro; el enfermizo ademán por componer los detalles, por eludir la crueldad misma del espejo y de la poesía que no medran en mostrar la ruina cuando acaece.

2. Man, Paul de, «Heidegger y las exégesis de Hölderlin», en *Visión y ceguera, ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, 1991, pp. 277-302.

Porque a través de su desafiante «verdad» la poesía es indagación, la pregunta por el Ser que establece, tal como lo propone Heidegger, una relación de «vecindad» con el Pensar.

«La poesía que piensa -escribe Heidegger- y el pensamiento que se hace *poiesis* son en verdad como la «Topología del Ser»<sup>3</sup>.

Hay en esta corta declaración un universo de relaciones que será interesante meditar y explorar. El pensamiento, lo anuncia Heidegger, cuando se hace *poiesis* es a su vez primordialmente la «topología del Ser». Pero, ¿qué condiciones debe cumplir el pensamiento para hacerse *poiesis*? El pensamiento es, original y literalmente, una manera de «dar las gracias» a la razón, así, el pensamiento originario requiere, en primer lugar, de un sujeto que piense, el cual, puesto en actitud de acogida, apropia el Ser, porque fuera de tal disponibilidad el pensamiento se torna indócil. En segundo lugar, la exposición de los elementos fundamentales del Ser es la originalidad misma del pensamiento, lugar donde la poesía encuentra, como lo señala Heidegger, la «topología (primordial) del Ser».

Pero Heidegger habla de «la poesía que piensa», y esta modalidad es una entidad de prestigio. Pensar es trascender los límites del *estar* (*Dasein*), y no simplemente comprender o relacionar como ejercicio intelectual; vislumbramos entonces por qué «la poesía que piensa» es tanto más una forma superior de trascender, porque es solamente en el momento en que la poesía consigue *pensar* el ser, cuando se activan en ella las posibilidades de «decir» en cuanto pensar de sí.

Cuando Heidegger precisa: «la poesía que piensa y el pensamiento que se hace *poiesis* [son] en verdad como la «Topología del Ser», ¿qué significa la «topología del Ser»? ¿el lugar del Ser, acaso?, o ¿el Ser como espacialidad? Si a la *topología* le compete el estudio de los razonamientos sin considerar ningún significado concreto, en tal caso, ¿qué motivación acarrea la expresión de Heidegger, sino otra que la del Ser en presencia sólo a través del «pensamiento que se hace *poiesis*»? La «poesía que piensa» constituye propiamente el «decir» del Ser, accede al Ser o lo es propiamente dejando de lado la candidatura del «pensa-

3. Heidegger, Martin, *Méditations sur «Dieu est mort»*, Librairie Philosophique J. Vrin, Paris, 1980, p. 505. Traducción nuestra del francés.

miento que piensa», con la que se accede a la periferia, a la «epidermis» del Ser.

Y para la tradición occidental, ¿qué es el pensamiento?, ¿cuál es su objeto y su función?, ¿en qué interregno de su elaboración interfiere con los objetivos y funciones de la poesía? El pensamiento fija su atención en el objeto que se propone presentar activando sus recursos lógicos de asociación, deducción y proposición; el pensamiento presenta el presente de las cosas, actualiza los objetos de la realidad en el plano del discurso y, en ese sentido, les confiere un orden. «Re-presentar» es el plan del pensamiento, ése ha sido su derrotero en la tradición occidental: insistir en la validez del presente y realizar «re-presentaciones». Objetivo del pensamiento: la presencia del Ser; y en el orden del discurso: la argumentación sobre el Ser.

Si en el ámbito lógico y proposicional, el pensamiento carece de originalidad, siendo un *a posteriori* que conmina el Ser sólo como fórmula de análisis, como lugar donde la proposición es discurso y nada más, ausencia del Ser, en tal sentido la vocación de «vecindad» existente entre *poetizar* y *pensar*, surte el efecto de la diferencia; «vecindad», sí, pero demarcados antes los límites de una común decisión ante el Ser.

«Debemos abdicar de la opinión de que la vecindad entre poesía y pensamiento -comenta Heidegger en *De camino al habla*- se agote en la turbia y vociferante amalgama de ambos modos del decir, donde cada uno se apropie de aspectos del otro. Aquí y allá puede, a veces, parecerlo»<sup>4</sup>.

«El imperialismo de la razón» (es bien conocido este mordaz emplazamiento de la razón realizado por Heidegger); «el imperialismo de la razón» -decimos- ha limitado el pensamiento; lógica, ciencia y tecnología idolatradas en el correr de los tiempos, han sido las adalides de la razón rectora, pero como sugiere el mismo Heidegger:

«El pensamiento no comenzará más que cuando hayamos aprendido que esa cosa tan magnificada a lo largo de los siglos, la Razón, es el enemigo más encarnizado del pensamiento»<sup>5</sup>.

El pensamiento, surgido de la poesía simple, de la metáfora y la imagen, de la reflexión súbita de las cosas, reside aún a su pesar bajo

4. Heidegger, Martin, *De camino al habla*, Odos, Barcelona, 1987, p. 175.

5. Heidegger, Martin, *Méditations sur «Dieu est mort»*, Ed. cit., p. 513.

los mandatos de la Razón, en su vasto imperio. Concedida la operatividad de la Lógica, del pensamiento lógico y de la proposición gramatical, impuesta una y otra en la esencia del Ser y en la proposición sobre el Ser, regenera implacable el citado «imperialismo de la Razón».

No obstante, el problema que plantea la fórmula de Heidegger en relación con «la poesía que piensa», acaso no tenga tanto que ver con la disyuntiva *poetizar y pensar*, como con otros interrogantes que están en el orden de su reflexión a partir del denominado «giro» heideggeriano, acaecido después de *Ser y tiempo*, cuando Heidegger propuso la «movilidad» como solución para el, en adelante decisivo, «des-ocultamiento» del Ser. El «habla» constituirá ahora declaradamente, un «decir» que abrirá la temporalidad dinámica del Ser, cuya esencia será además la esencia del «habla» que busca al Ser.

Son las experiencias con el «habla» las que involucran *poetizar y pensar*, a) partiendo del habla cotidiana, donde se realiza una puesta en ejercicio del Ser que quiere «vivirse», b) seguido de una experiencia en la que, a través del «habla», el pensamiento se abandona a su propia contemplación sin eludir, por justa, la lógica obligante de la Razón, c) hasta llegar -como lo concede Heidegger- al «habla» que se encuentra en una forma superior de realización del Ser en la «palabra». Pero es de advertir, en este sentido justamente, que la poesía que se entrega al *pensar* corre el riesgo de ser imbuida de pensamiento, de ser instrumentalizada como objeto del pensamiento, sacrificando así la originalidad del «habla» y del Ser que la determinan...

#### LAS «DIVISAS» DE LA POESÍA

Como en las reflexiones anteriores, seguiremos aquí el derrotero que nos ha marcado Heidegger para reflexionar la poesía, pero las que en la traducción de Samuel Ramos de «Hölderlin y la esencia de la poesía» se denominan «las cinco palabras guías», nosotros las llamaremos «divisas de la poesía», entendiendo por «divisa» el trazado de *huellas* que nos permite reconocer un rumbo en poesía, como superación del Ser en la «palabra».

1) Tal y como lo deduce Heidegger de la poesía de Hölderlin, las «divisas de la poesía» parten del mérito de ésta como simple juego, y

de la actividad del poeta como la más inocente de las ocupaciones. Que la poesía es algo intrascendente que no tiene campo en la acción del hombre, he ahí su parangón; la poesía confronta al Ser pero no lo introduce en el orden de la acción; el arte en general no accede a ese dominio. El problema de la «autenticidad» en poesía radica, a este respecto, en la realización del lenguaje como forma reconocida y diferenciada del Ser; en la poesía, entonces, no es preciso despejar secundariedad en el lenguaje, en la forma, en la re-presentación del Ser. Cuando la poesía permite reconocer un sujeto creador que se debate en la lucha por instaurar la «autenticidad» de su pensar, en ese momento la creación poética se acerca al sujeto creador y lo domina, lo identifica y lo persigue; entonces el lenguaje del poema es cierto, auténtico y real, la forma del poema es cierta, entonces el arte mismo es cierto, y la poesía es ese «juego» distinguido e inocente.

2) Una segunda «divisa» de la poesía proviene de la idea de que el «juego» puede sin embargo tornarse peligroso, porque las palabras son, propiamente, la ambición del Ser, elementos que ante el devenir histórico del Ser revisten la mayor gravedad. La «divisa del juego» en poesía muestra, de otro lado, la incapacidad del poeta de soportar el drama de la existencia, y ahora, ante la imperiosa necesidad de reconvertir la palabra en un espacio para el Ser, el poeta hace de su acción una peligrosa desviación, porque en el lenguaje el Ser se encuentra expuesto y librado a la fascinación que terminará por sitiarlo e inflamarlo.

La poesía constituye, en el peor de los casos, la posibilidad de un universo particular del Ser, quien se auto-representa en la invención misma del lenguaje y del pensar (su mayor ambición, que lo iguala a dios). Haciéndose creador, el poeta ejerce además esa forma de violencia que representa lo nuevo, en tanto que la poesía renueva el lenguaje, lo provoca, desordena, disocia, desadapta...

«La poesía es la lengua original del pueblo histórico -declara Heidegger- (...). La lengua es la poesía originaria en la cual un pueblo dice el poema del Ser (...). Solamente allí donde hay un lenguaje, allí hay un mundo..., solamente allí donde hay un Mundo, allí hay una Historia»<sup>6</sup>.

6. *Ibid.*, pp. 561-562.

Nos encontramos aquí de cara al concepto de «historia» en Heidegger, quien renuncia a fundarla sobre los simples actos humanos, haciéndola residir a cambio en el destino y en la dispensa del destino en el Ser. Entrar en el destino como acto de violencia, he ahí la realización del concepto de «historia» en Heidegger. ...Y el lenguaje, a este respecto, se presenta como íntimamente ligado tanto a la eclosión de un mundo, como a la institución de la historia. Ese acto de violencia por el cual el hombre «sale de sí mismo» para entrar en su destino, sólo es posible a través del lenguaje que rompe la quietud del Ser involucrándolo a cambio en su devenir, en su historia. La palabra ligada al Ser instituye la historia como puesta en relación con la temporalidad y el devenir; en ausencia del lenguaje, detonante de la historia, no nace aún o no se precipita aún el intercambio, el destino del Ser. El poeta nos recuerda entonces que vivimos, que «ocurrimos» cada instante.

3) Se nos presenta una tercera «divisa de la poesía» deducida por Heidegger, como las demás, de la poesía de Hölderlin: el *diálogo*; la apertura del Ser que reposa en el lenguaje está destinada al *diálogo*, al habla y al oído que relacionan al Ser con el mundo y le confieren un acto entre los seres. Lugar de manifestación del Ser: la poesía; el poeta es, por así decirlo, el *diálogo* mismo; su saludo nos apela y nos convoca, nos incita e interroga.

«Ser un diálogo -escribe Heidegger- y ser en la Historia son una sola y la misma cosa»<sup>7</sup>.

Meditar la poesía como *diálogo* es el recurso más efectivo para eludir la interpretación y el análisis; en su valor como *diálogo*, la poesía se emparenta con el Ser y con el Mundo; la posición abierta del *diálogo* trasciende e integra al Ser. El poeta es un ser del *diálogo*, un promulgador, un inquisidor, un dialogante; un «encuentro discursivo» en torno a los asuntos del Ser y del pensar, un *diálogo* rotundo que abre y cierra los propios límites del Ser.

4) Explorando una cuarta «divisa», Heidegger propone, a título de la «instauración de la verdad», lo poético como esencia del arte. La poesía representa, en palabras de Heidegger, «la incitación al combate de la verdad»; poesía finalmente y ante todo fundación del Ser. Es ne-

7. *Ibid.*, p. 568.

cesario comprender en este sentido la esencia del lenguaje ordinario como esencia de la poesía; gracias precisamente a la transmutación radical de los valores del lenguaje ordinario en poesía, sólo el poeta «verdadero» es capaz de descargar sobre sí todo el desafío del Ser, porque sólo él se aplica a la misión que es su dignidad y su deber, recoger el «decir» del Ser y aprehender los signos que lo emparentan con la verdad. El poeta involucra en su rigor el «decir» del Ser, donde poesía significará «fidelidad», medida del Ser en tanto que la obra poética da su medida al Ser.

Lo otro, la *alegoría*, es dado a conocer por la «palabra»; a través de la poesía acaece un develamiento del Ser, la realidad evidente y cotidiana se revela en el lenguaje como imbricada alegoría. Lo otro, la *alegoría*, es la casa de la poesía; la conciencia que demuestra tener el poeta de la «transfiguración» del ideal en poesía, aprovechando la *alegoría* como recurso estético con el cual tender un puente entre lo antiguo y lo moderno.

En *Allegories of Reading* (1979), Paul de Man interroga la semiología y la retórica propias a la escritura y a la lectura de autores como Rilke, Proust, Nietzsche y Rousseau; excusas, promesas, persuaciones, metáforas, son proyectados por De Man como puentes alegóricos tendidos por la escritura desde su universo retórico hasta la lectura, todo con el fin de comprender que la literatura no puede ser recibida como una unidad definitiva de significado y referencia, sino cual una conspiciua tentativa de codificación de enigmas. La función retórica de la escritura no significa, en este sentido, una perfecta continuidad, antes bien, su paso por los obstáculos de la tropología anuncia ya la alegoría en los procesos de lectura. La retórica no concierne exclusivamente a la persuasión como acción sobre el lector; por el contrario, cierta calidad perlocucionaria en la lectura establece el universo de la alegoría como territorialización de la «verdad» en la escritura.

Del mismo tenor que Baudelaire expresa en su poema «Le Cigne» de *Les Fleurs du Mal*: «todo para mí deviene alegoría», Walter Benjamin declara: «el genio de Baudelaire, quien encuentra su sustento en la melancolía, es un genio alegórico»<sup>8</sup>. En el caso particular de Baudelaire, el

8. Benjamin, Walter, *Paris, Capitale du XIXème. Siècle, Le Livre des Passages*, Les Éditions du Cerf. Paris. 1989, p. 42. Traducción nuestra del francés.

recurso a la *alegoría* íntegra, en una tendencia a la vez destructora y liberadora, la problemática general del hombre moderno. La fuerza expresiva de la *alegoría* en Baudelaire es, en efecto, destructora, sin convertirse por ello en una fórmula de abolición del arte, de la vida, de la cultura, la sociedad, la moral o la historia. Debidamente codificada, como lo estuvo en el interior del cristianismo, el clasicismo, el barroco, el romanticismo y la emblemática, puede reconocerse en la *alegoría* baudelaireana -como lo enseña Benjamin- la erección de una totalidad de sentido perfectamente consecuente con otros órdenes como la naturaleza, la sociedad, el mercado y la gran ciudad, de los cuales ha ganado, precisamente, su articulación. Veamos, a manera de ejemplo, el poema de Baudelaire que Benjamin registra como el que «encierra la presentación más despiadada de la intención alegórica»:

### *La destrucción*

Sin cesar a mis costados se agita el Demonio:  
flota a mi alrededor como un aire impalpable;  
lo trago y siento como quema mi pulmón  
y lo llena de un deseo eterno y culpable.

Toma a veces, sabiendo mi gran amor por el Arte,  
la forma de la más seductora de las mujeres,  
y, bajo espaciosos pretextos de hipócrita,  
acostumbra mis labios a filtros infames.

Me conduce así, lejos de la mirada de Dios,  
jadeante y deshecho de fatiga, al medio  
de los llanos del Tedio, profundos y desiertos,

Y arroja ante mis ojos plenos de confusión  
las vestiduras manchadas, las heridas abiertas,  
¡y el aparato sangrante de la Destrucción!<sup>9</sup>  
Comenta W. Benjamin:

9. Baudelaire, Charles, *Les Fleurs du Mal*, en *Oeuvres Complètes* I, Gallimard, Paris, 1975, p. 111. La traducción es nuestra.

«El «aparato sangrante» del cual el Demonio impone el espectáculo al poeta es el halo de la alegoría: los instrumentos dispersos por los cuales la alegoría ha de tal manera desfigurado y trastornado el mundo de las cosas que no quedan más que los fragmentos que ésta toma como objeto de su meditación. El poema se termina abruptamente; da asimismo la impresión de tener algo de fragmentario, lo que es doblemente sorprendente para un soneto (...). El pulmón como asiento de un deseo... Es la manera más osada que se pueda imaginar de decir indirectamente que éste no puede ser satisfecho»<sup>10</sup>.

Podríamos concluir que la *alegoría* es, como todas las formas simbólicas, la representación de la identidad de la cultura; su sentido, concebido como anterior al texto, lo es en virtud de una previsibilidad inscrita desde siempre en la estructura profunda.

5) La poesía, que representa instauración, fundamento, ofrenda, resume en una quinta «divisa» el acto solemne del «decir» con el que inaugura la pesquisa de fundamentalidad del Ser a través del lenguaje..., en palabras de Hölderlin:

«Pleno de méritos, pero es poéticamente como el hombre habita esta tierra».

La poesía comienza y recomienza la «verdad» del Ser, verdad de los dioses y del universo, del arte y de la cultura. La poesía es un inicio delirante, una revelación rotunda del instante y del lenguaje; que la poesía afronte la comprensión de toda la realidad, he ahí su designio, que la impone como algo más que mero pensar; poesía como razón del Ser y del pensar; Wilhelm Dilthey escribe al respecto:

«Por eso el poeta busca lo significativo. Cuando el recuerdo, la experiencia de la vida y su contenido de pensamiento elevan al plano de lo típico esta trabazón de vida, valor y significado, cuando lo que acaece se convierte así en exponente y símbolo de algo universal de la poesía, no se expresa ya un conocimiento de la realidad, sino la experiencia más viva del nexo de la trama de la existencia como sentido de la vida. Fuera de esto, no existe ninguna idea de una obra poética, ningún valor

10. Benjamin, Walter, *Paris, Capitale du XIXème. Siècle, Le Livre des Passages*, Ed. cit., p. 364.

estético que puede realizar la poesía»<sup>11</sup>.

Meditemos ahora, para concluir, la célebre declaración de Parménides:

«...que es una misma cosa el Pensar con el Ser...»<sup>12</sup>.

Esta igualdad que inaugura Parménides para la filosofía, o para el Ser, es la poesía. Porque una y la misma cosa es la poesía: «Pensar y Ser»; la poesía, que es medida del Ser, que es Pensar y es Ser al revelar que su dimensión es el lenguaje total, polifónico y polifuncional, tan pronto ordinario como sublime. Y en el lenguaje está el Pensar y en el Pensar está el Ser, «...que es una misma cosa el Pensar con el Ser»; la misma cosa son también lenguaje y poesía, lugar donde pensar el Ser es «decir» el Ser. Entre «Decir y Pensar» tiene lugar una muy determinada intersección, donde hechos de pensamiento se traducen en hechos de lenguaje: no hay un pensar en sí mismo sin lenguaje; todo pensar esencial, nuevo y renovador presupone un hecho previo de lenguaje, y viceversa. Esta es la medida del Ser, decimos, porque ésta es su metafísica: acceder a la universalidad y «vivir» la metafísica del Pensar y del Ser. En cuanto Pensar y Ser, la poesía recoge en su «decir» toda la meditación occidental desde Parménides hasta Heidegger..., Pensar y Ser la misma cosa: la poesía.

11. Dilthey, Wilhelm, *Vida y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 128.

12. Parménides, «Poema ontológico», en *Los Presocráticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 38-46.